

Dignidad de la Pedagogía

(Continuación)

Extremando el sostenimiento exclusivo de determinados métodos de enseñanza, por excelentes que se insinúen sus resultados inmediatos, se termina por distanciarlos de sus fundamentos, así como de la particular constelación de condiciones que los propiciaron, creando con ello una metódica autónoma que se degrada fatalmente en una técnica operatoria esquemática y unilateral. Los métodos deben sostenerse y confrontarse con una continua regresión a sus fundamentaciones filosóficas, revivificando sus fases en cuanto amenacen convertirse en técnicas inflexibles, de modo que dentro de sus cambiantes estructuras, las concepciones teóricas que los sostienen entren en fecundo comercio con una experiencia orientada hacia su comprobación real. Manteniendo pensamiento y acción como recíprocos tributarios podremos expresar la fórmula ocasional, desglosar así sus coeficientes reacios. En atención a las necesidades apuntadas, ha de presidir cada experiencia, y con ella sus factores concretos accesorios, una percepción global de su sentido significativo, entendiendo por tal, un complejo concorde que incluye las interacciones esenciales en juego en una coordinación coherente y un comportamiento conjunto y relacionado; en él se integran tendencias y actuaciones convergentes asumiendo una modalidad característica y autónoma. Reconocemos, a ese respecto, grados crecientes de complejidad en la interacción, desde lo físico hasta lo puramente mental, reflejados paralelamente en categorías ascendentes de sentido; es importante destacar, en consecuencia, que cada objeto se delimita como una abstracción en que culmina un análisis parcial de las realidades en que participa, de manera que el modo de considerarlo, debe supeditarse a la del sistema significativo dentro del cual interesa su comportamiento. Así es como la desconexión de una actividad física o mental de sus motivos y consecuencias prácticas, la despoja no sólo de su incentivo motor, sino también de su ilación interna y del sentido coherente de la actualidad que enfrenta. Las cosas perduran como tales, mientras sean ocasión de procesos voluntarios; la voluntad crea su mundo, en el que reabsorbe e integra la necesidad de lo externo; existir es un reflejo concreto del querer. El aprendizaje teórico, por lo tanto, no puede distanciarse de una acción corroborativa, todo pensamiento extrae su significado de los propósitos de acción y aplicación que lo acompañan, de una voluntad motriz respecto a la cual medios y fines no son sino proyecciones parciales.

Del mismo modo, un conocimiento es una respuesta funcional a una situación significativa en la que el hombre se ha comprometido; para impartirlo, es necesario que el alumno lo recupere, restituyéndolo al modo de espectación que lo hizo surgir, procediendo a una rememoración emotiva y

candente de los antecedentes típicos que lo hicieron necesario; la participación en su sentido requiere una intuición directa de su génesis. Subrayo aquí el carácter necesariamente emotivo de esa rememoración; ésta es fiel en la medida en que se reviven las tensiones e inquietudes que la configuraron; una educación rutinaria suele perpetuar ciegamente las regularidades consagradas y las firmezas doctrinarias que la experiencia conjunta de la sociedad ha distinguido dentro de su caudal emocional, como condición de estabilidad y supervivencia. La filosofía, desde Sócrates, surge como un intento de reemplazar, renovándolas, esas constricciones rutinarias, desarrollando tendencias individuales de investigación metódica, aunque restringiendo sus posibles alcances, por una pretensión de universalidad conclu-

yente, que durante muchos siglos tuvo que ser, lamentablemente, su necesaria réplica a la dogmática imperante a la cual pretendía reemplazar. Considerando hoy la filosofía, después de sus inevitables decepciones, como una segunda instancia a que sometemos los problemas reales, sin pretensiones de irrevocabilidad, en busca de regulaciones más comprensivas y apreciaciones más seguras, la verdad no es para nosotros más que una realidad que añade a otras realidades una cualidad de comprobación empírica; ello nos mueve a considerar y respetar tantas otras realidades, con pertinencia significativa dentro de distintos contextos y oportunidades. De ese modo, junto a una fidelidad condicional a las valoraciones más estables y consagradas, el reconocimiento eventual de aquellas otras, cambiantes y particu-

hoy, por espíritu filosófico ha de entenderse una capacidad para admitir, lares, que las marginan. La carencia de alguna de estas dos disposiciones puede dar lugar a dos manifestaciones opuestas de aparente originalidad creadora: una de ellas, típica del filósofo de escuela, absorbiéndose en una idea central y única, de modo que la persistencia obsesionante de sus desarrollos remede un dominio total y sistemático de la realidad; la segunda, una aceptación indiscriminada de todas las ideas y valores en una negligencia deliberada del control crítico, recombiniéndolas en una confusión pseudo-estética de matices, a guisa de riqueza relacional insondable. En ambos casos se acentúa el modo corriente de considerar el pensamiento como una actividad placenteramente impersonal, rehuyendo todo ahondamiento que nos comprometa dramáticamente, arriagándonos entre los apremios y acechanzas de la acción que incluye.

La razón no se concibe sin un halo de sentimientos que la perfilan; más todavía; la razón es en su más eficiente aceptación una cualidad secundaria del querer. El peor enemigo del pensamiento, es el razonador que hurga en el continente aparte y artificioso de un problema de escuela, en el que ejercita sus capacidades parciales, con el pueril optimismo de abarcar una totalidad sin desperdicios; optimismo que necesita, para mantenerse, relegar como irracionales las fuerzas irreducibles que desbordan sus concepciones peculiares. El manejo impecablemente constructivo de una termi-

nología abstracta es casi seguro indicio de una pobreza esencial y de una incomprensión radical para el sentido de lo viviente. Me es difícil, para justificarlo, exponer una argumentación que debería recurrir a los mismos expedientes que ahora rechazo; y es que, paradójicamente, ha quedado consagrada en un amplio consenso, una clase de superioridad cuya principal firmeza radica en su deliberado afán de sostenerse como tal; de modo que aquellas otras, más hondamente legítimas y vivientes que ellas postergan, queden relegadas por contener, implícito, un desdén a elaboraciones irrefutables que las justifiquen. Hay así, un vivir profundo y verídico, que se orienta, por su propio carácter, hacia un ocultamiento, él mismo indeliberado; quizás hasta el vano intento que ahora manifiesto, de atraer la atención hacia esas verdades primarias y veladas, participa, en buena parte, del afán espurio que impugno; su trágica contradicción es que, para defenderse, debe solicitar armas al enemigo, con lo cual empieza a desestimarse ya en su más medular consistencia.

Nadie pretenderá negar la utilidad del dominio formal suministrado por las ciencias particulares, de los factores coadyuvantes de cada quehacer y que, presentes en los objetos sensoriales que nos rodean, así como en las sucesiones causales de nuestra psique, nos permiten una adecuada utilización como elementos a integrar en la situación, cuyo significado queremos elucidar. Las explicaciones naturalísticas parciales son un paso previo a la comprensión de los procesos complejos que configuran la vida espiritual; pero la última palabra ha de corresponder, en cada caso, a una percepción que aprovecha, pero rebasa, lo sistematizable, abarcando su aspecto teleológico dentro de una constelación anímica con significado propio. El concepto siempre unilateral, roza, sin agotarla, la realidad histórica de cada estructura espiritual; halla su misión natural en esa acentuación de regularidades, cuya validez general nos proporciona una base mínima pero fecunda para una interiorización radical de la vida; base que sin embargo puede inficionar las raíces de planteamientos y orientaciones, en la medida en que esas esquematizaciones conceptuales, se desprendan de las condiciones históricas que garantizan la legitimidad de sus aplicaciones. Surgidos como contenidos parciales, extraídos de vivencias inactuales en base a tendencias e intereses de otra índole, su generalización sistemática y su uso incauto, alteran nuestra aprehensión actual, sometiénola a un instrumental científico inadecuado a la problemática vigente.

La vida, en cada manifestación actual, debe dictar, para una percepción atenta, los métodos que nos conduzcan a una simpatía cordial; en tal sentido, su íntima realidad, con sus modos especiales de vinculación, sólo es penetrable, si la descripción metódica nos facilita el descubrimiento de su fisonomía general, susceptible de revivirse como una realidad de nuestro propio yo. Comprender, es una culminación nunca plenamente alcanzada, por la que reproducimos con ingerencia de nuestra impulsividad compro-

metida plenamente, una disposición volitiva externa de modo de sentirnos arrebatados por una corriente idéntica a la que solamente vislumbramos por sus manifestaciones visibles. La pedagogía se constituye así, en torno a un afán de incidir en la configuración vital, mediante una aprehensión simpática de sus íntimas conexiones, para prolongarlas en las determinaciones teleológicas que incluye como expansiones de sus posibilidades reales.

La necesidad adventicia de fijar esas valoraciones y fines, mediante una sistematización conceptual, según el modelo siempre reiterado de la vieja filosofía griega, limita y dificulta esa penetración auténtica en los aspectos inéditos de la vida. La psicología, las ciencias particulares y experimentales, son útiles en cuanto colman una insuficiencia provisoria de nuestra actitud ante el problema; pero el valor de esos datos no puede ser mayor que el de una mera preparación a una conexión vital conseguida median en un pensamiento filosófico positivo (positivo en el sentido de estar desprendido de consideraciones sistemáticas previas).

Las ciencias particulares tienden a desviar su atención de las generalidades significativas dominantes, considerándolas demasiado obvias sobreestimando en cambio sus particularidades analíticas; y es que es infinitamente más fácil y llevadero ejercer el pensamiento a propósito de las singularidades accidentales y las excepciones que se nos imponen e impresionan, que ante las presuposiciones que las proveen de una base inconcientemente admitida. Todo esfuerzo creador, ha de chondar sin embargo en ese subsuelo inexplorado, sobrepasando los temas incitantes para desentrañar su posibilidad misma. Cayendo en las aberraciones mencionadas, se desvirtúa la necesidad innegable de apoyarse y desplegarse sobre ideas provisionarias, ciñéndose con excesiva exclusividad y sistematismo a los métodos especiales que se le derivan. Sólo se recobra la libertad y amplitud de visión necesarias para el avance creador, en cuanto se plantea conscientemente la validez de esas premisas, tomando conciencia de las presuposiciones consagradas que las rigen. El espíritu científico debe incluir por lo tanto, una alianza sutil entre una capacidad de concentrarse, que permita agotar el sentido de una serie dada de hechos, y de una capacidad opuesta de descentrarse, para mirarse desde fuera, al abrirse a una experimentación que rebasa sus cuadros; la carencia de esta última virtud, conduce casi siempre a abstraer sus objetos de su dintono significativo, para luego erigir sobre ellos, construcciones sistemáticas artificiales y vacuas. Caracteriza esa unilateral voluntad de saber, una paralela voluntad de no saber; la supervivencia de los mitos erigidos por tales ciencias, se alcanza a condición de relegar como erróneas o insignificantes, realidades que no se concilian con sus presuposiciones y hasta tanto no se percibe que la noción de lo verdadero que adopta, nace de perspectivas e intereses restringidos. El obstáculo que impide ese auto-análisis perturbador es princi-

palmente una sobre-estimación de lo estable y perfecto de por sí, en contraste con lo cambiante y perfectible (esa misma noción que condujo a Leibnitz a negarles ventanas avizoras a sus mónadas). Tal error, de origen helénico, consiste en proscribir el error y el desorden como algo irreal, cuando el verdadero amor de todo ideal potencialidad, debe afirmarse en un amor que englobe tanto las verdades actuales como los errores actuales. Conocer, si atendemos el carácter indicado, es ir conociendo; su culminación es su negación como tal, es una estabilización que omite considerar las siempre renovadas posibilidades de relación aun no encaradas. El sentido de una situación es su especial modo de inmanencia de lo universal; captar ese sentido es reconocer, en gradual aproximación, esa presencia de lo general a través de su expresión particularizada; se requiere para ello, sobreponerse a la tentación de una cómoda discriminación racional de sus elementos, sobre los cuales poder reconstruir arquitecturas tendenciosas, con exclusión de las necesidades esenciales que los reúnen. Sería necesario para no obviar orientaciones más esenciales, invertir la tendencia operatoria de las ciencias que la hace partir de los datos sensoriales, para liberarse de su inmediatidad, manejándolos dentro de los compendios conceptuales de que se sirve ulteriormente.

La máxima riqueza de un conocimiento es esa posible vastedad que, a la comprensión de la estructura interna de sus objetos propios, agrega la consideración alerta de su implicación con lo infinito externo. Jalona su desarrollo una sucesiva reducción de los pretendidos irracionales, expresión que reúne a los factores relegados como ajenos o perturbadores. Es así como aquello que se comprende, se comprende en gran parte por lo que deja fuera de sí; lo excluido tiene el carácter de tal, en función de los modos de inclusión consagrados. El modo de ir disminuyendo esas exclusiones es adoptar sistemas más amplios de integración y abstracción, renunciando con ello a la claridad conquistada en un sector finito para aventurarse a abarcar sectores desatendidos. De ahí la importancia fundamental, en cada transición creadora, de la determinación más o menos clara del contorno abarcado por las verbalizaciones conceptuales y de las presuposiciones concientes o inconcientes que predeterminaron su alcance. La conquista de lo concreto requiere un gradual desaprender abstracciones demasiado aprendidas y coherentes, devolviéndoles su facticidad potencial y su intrincamiento con las vicisitudes reales.

(Continuará).